

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



—¡Mira! Hay agua en la barca. ¿Quieres que quite el corcho para vaciarla?

Dib. BERNARD.—Paris.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —


ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12 142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBU

Los famosos polvos in-
secticidas

LEYER y COMP.^A

Son infalibles para
la destrucción de to-
da clase de insectos



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



POR DIEGO MARSILLA

Soluciones a los pasatiempos publicados en el mes de julio.

1. La margarina.—2. Algodón hidrófi-
lo.—3. Es como si no llevara nada en-
cima.—4. Demetrio Falerio.—5. Eran as-
turianos.—6. Este es más caro que ese.
7. Almaida.—8. Adivino.—9. Me son in-
diferentes.—10. Ven al ferial de gana-
dos.—11. O todo o nada.—12. Un con-
cierto vocal.—13. En seguida de comer.
14. En el reservado.—15. Antes empe-
ño la capa.—16. Una aventura amorosa.
17. No vale nada.—18. Fortunato, no lo
eches en olvido.—19. Santa Cruz de Te-
nerife.—20. Paso a paso.—21. Era mayor
el difunto.—22. Anteayer partió para Ita-
lia Sara.—23. Armonía y contrapunto.

34.—A pie, fui en un día.

X
100
Z

LLAMA PARROCO PALABROTA

35.—A todo.

Descubierto
Inmediatamente
Escritor

36.—Personaje legendario.

ARTICULO COMPLETO
CAPITAL RUSA
Valeroso y no tiene defecto

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

37.—En las tiendas está a la vista.

PESA DEZ TOMBOLA
DES DEN

(Pero cambiando de colocación una letra)

38.—Frase popular.

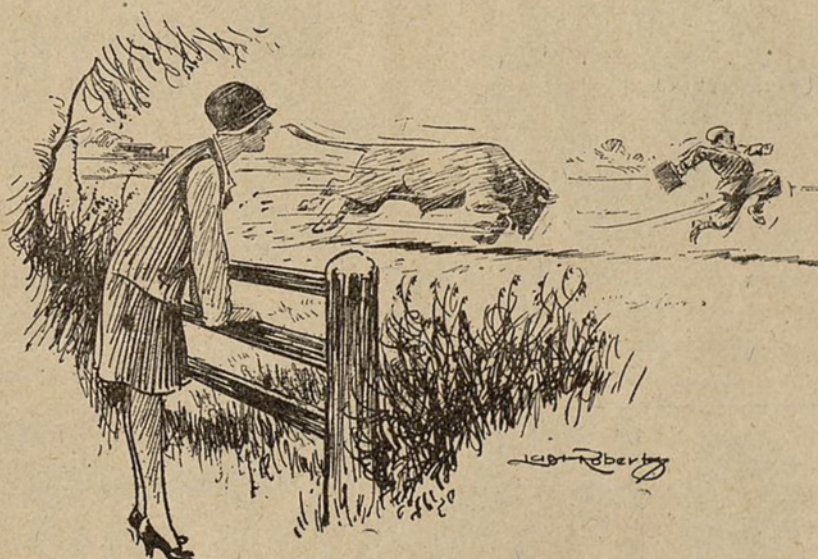
TIIO
NOTA PLANTA AGUARDIENTE
ADHESION [NOTA] GRAMUVE

39.—Triste refrán, en verdad.

PAS
SONHO SLODOTES CHINOS
EXISTE
R DESCUENTO S

40.—Ahora no hace caso.

T HABITACION E

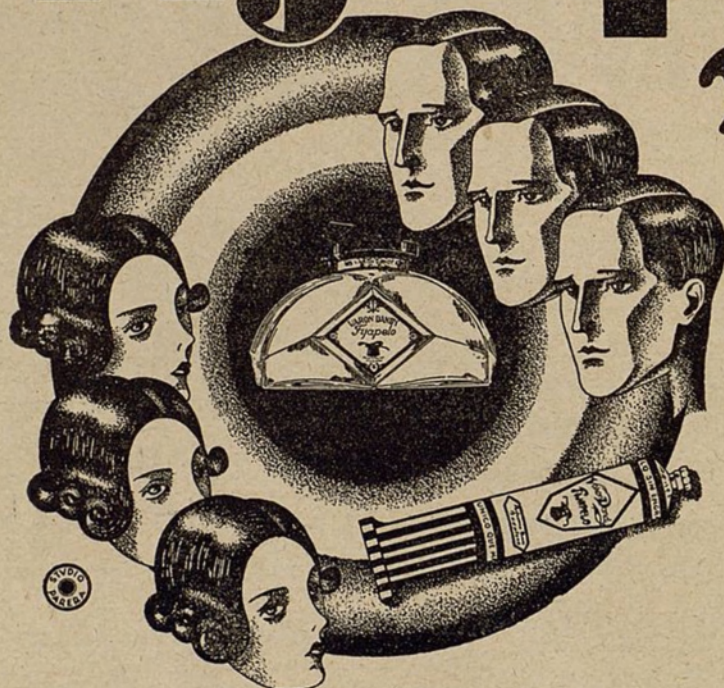


La mujer.—Supongo, Jorge, que ya sabes que no nos queda mucho tiempo para ir a la estación y tú estás corriendo precisamente en dirección contraria...

(De The Humorist, Londres.)

fiJa pelo

Varón Dandy



Es el producto
ideal
para el fijado del
cabello
SIN ENGRASARLO

Pese a las muchas imitaciones,
sigue imperando por sus
cualidades

Perfumeria Parera

El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel, es siempre falsificado.



EL REVISOR DISTRAIDO

Escena muda; pero con un grito.

(Del Traveso Delle Idee, Roma.)

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho
semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el
importe acompañan 0,30 ptas.



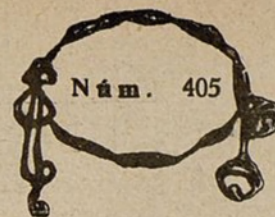
MARCA REGISTRADA

CANAS Sin teñir, desaparecen usando
BRILLANTINA INDIA

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. -- Calle Muñoz Torrero, 6. -- MADRID



CHARLAS DOMINICALES



Esto no puede ser!...

¡Todavía no hemos dicho nuestra opinión acerca del palpitante problema del sombrero masculino!...

¡Y es preciso definirse!
¡Lo intentaremos!...

Es evidente que un señor *descubierto*, en *descubierto* o en *quiebra*, no vale casi nada.

Un *cubierto*, en cambio, puede valer hasta "30 pesetas". (¡Véanse los *banquetes* con "Comisión"... organizadora; y música!)

Por este lado, la ventaja está del lado del sombrero. En la calle (y en el frontón, sobre todo) debemos *cubrirnos*.

No obstante, otras razones abogan por la supresión del capital artefacto.

La Naturaleza nos indica bien a las claras que el sombrero no es necesario. Si los seres naturales le necesitasen, nacerían con él. (Hemos quedado en que la Naturaleza es más *sabía* que Ramón y Cajal.) Y lo cierto es que los hombres nacen sin sombrero. Hay *prófimos* que vienen al mundo con *buena* o con *mala sombra*. Pero, todos, *pelones*; y sin un mal *flexible* que les cubra la *sesera*.

Son las madres las que suplen este defecto *nativo*, fabricando, para sus *nenes*, el primer *gorrito*.

El niño debe vivir *al pelo* durante sus primeros años.

Tiempo le queda, después, para hacerse *polizón*. (O, lo que es lo mismo: para ir *de gorra*.)

A más de que vivir *de gorra* es, también, vivir *al pelo*.

Otra cosa distinta ocurre en la pubertad. Empiezan, entonces, los verdaderos peligros para la cabeza.

La *época estudiantil* impone el uso del *gorro escolar*... (¡Claro que, impuesto por "la época", los estudiantes liberales se re-

sisten al uso del tal *distintivo*!... ¡Otro sería el resultado si, en vez de *La Época*, lo recomendase *La Libertad*!)

De todos modos, los preservativos capilares no están de más en la juventud.

Son, sin embargo, los *pollos-pera* los más entusiastas defensores del caminar sin sombrero. ¿Será por lucir el peinado de *coco*?... ¿Será que tengan los "*borsalinos*" miedo al *coco* antedicho?... ¡Misterio!... Pero, evidente. Hoy cualquier joven elegante se halla más *descubierto* que América.

A nosotros no es muy difícil tomar partido en este asunto.

¿Por quién decidirse?...

Si defendemos el uso del sombrero, nos hacemos antipáticos a nuestros jóvenes

lectores. Si nos decidimos por la cabeza al aire, nos odiarán los sombrereros, que son muchos y respetables...

Acaso lo mejor fuese una solución *ecléptica*. Es a saber: "que todos los ciudadanos adquiriesen sombreros y que los llevasen en las manitas"... Sí, eso es: ¡los sombreros en las manos y los guantes en la cabeza! ¡Maravilloso! ¡Y altamente lógico!...

Por fortuna, el verano va pasando con rapidez. Y es de sospechar que, en otoño, retoñen los *flexibles*. Por lo menos, los *hongos* retoñarán. Es la estación indicada para toda clase de *setas*.

El problema se dulcificará con la llegada de los fríos.

En invierno todo el mundo busca una *teja* que lo cobije... ¡He ahí un sombrero eclesiástico que abundará entonces! (¡Y ahora!)

Respecto a otras clases de sombreros, nada podemos adelantar. El *de copa*, ha muerto. Y si no ha muerto, por lo menos ha quedado reducido a los entierros. El *hongo* se lleva poco. El *flexible* va a parar a la *bombilla*. En cuanto al *bicornio* de ministro, la "Censura" nos impide decir quién lo lucirá en la próxima temporada.

Podemos afirmar, no obstante, que el uso del sombrero volverá a su antiguo esplendor. Ser *caballero cubierto* es ser algo grande. (Algo grande... de España.)

Unicamente algunos *sietemesinos* intentarán seguir con la cabeza vacía por fuera y por dentro.

Es decir: que ante la moda destocada, los pollitos dirán: "¡Bravo!..."

Mientras los industriales sombrereros dicen: ¡Bravo!

(Y conste que no es reclamo.)



Dib. SILENO.—Biarritz.

LUIS DE TAPIA

A un lector levemente indiscreto

Me pregunta un buen lector con un interés brutal, si hay un colaborador entre los de BUEN HUMOR que tenga un "algo" especial:

un detalle extravagante, un aspecto sorprendente, un "tic" abracadabrante, una vida espeluznante o un vicio poco corriente.

Pues, según él, es forzoso que un escritor humorístico o simplemente gracioso, sea en la vida monstruoso, raro, absurdo y cabalístico.

Ese curioso lector se equivoca que da pena, y hace muy poco favor a la gente noble y buena que redacta BUEN HUMOR.

Aquí somos muy decentes... Nunca fuimos decadentes... Aquí no hay un Oscar Wilde, ni un Willy, ni una Rachilde, ni nadie como esas gentes...

Quizá la vulgaridad que a todos se nos rezuma, tenga la virtualidad de que suelte nuestra pluma raudales de hilaridad.

Tal vez la insignificancia de nuestra oscura existencia influya en nuestra arrogancia para hacer chistes sin ciencia y con bastante abundancia.

El caso es que en BUEN HUMOR no hay un colaborador que no sea un sér vulgar, como ahora voy a probar con permiso del lector.

Tenemos a Luis de Tapia que, a pesar de su prosapia y aunque escribe el hombre en broma, ni siquiera ha estado en Roma ni ha visto la Vía Apia.

Aquí está Manuel Abril, que es un hombre equilibrado, que jamás se ha emborrachado y que a la Guardia civil tiene un afecto acendrado.

Aquí dibuja el gran Sama, que, además de gran artista, es médico futurista y que obliga a guardar cama hasta a los cortos de vista.

Aquí escribe Santugini, un pollo sin ilusiones,

que no admira a Mussolini y lamenta que Rossini no escribiera charlestones.

Ramón Gómez de la Serna, otro hombre serio e ingrático, que ve en la calle una pierna y no se desencuaderna y se queda tan impávido.

Pérez Zúñiga, un señor de edad, que, aunque no es anciano, respeto infunde y temor, y le besamos la mano como a un padre algo prior.

El dibujante Garrido, que es un padre de familia aficionado al cocido, que a Cristo le arma una homilia cuando en su casa hacen ruido.

Enrique Jardiel Poncela, que usa trajes de una tela de color de cementerio, que no es elogiada en serio porque ya no tiene abuela.

Fuente, el caricaturista, muchacho robusto y sano, pero a ratos anarquista, y a ratos republicano, y a otros ratos comunista.

Y el buen Antonio Plañiol, que es un hombre tan tristísimo como un domingo sin sol, nacido hace ya muchísimo en un pueblito "españiol"...

Y, en fin, el genial "Sileno", un hombre tan bondadoso y tan de virtudes lleno, que Dios todopoderoso se alegra de verle bueno.

Creo, pues, que ya el lector, al llegar a este final, verá bien que en BUEN HUMOR no hay un colaborador que sea un "hombre fatal"...
... ..
¡Aunque yo, que escribo mal, sea fatal como escritor!

SOTERO L. PEON

El profesor.—¿Ha cogido, Robustiana, algún libro de mi biblioteca para leer? Porque hecho de menos "La molecularidad del cinconio y su examen electrostático", del profesor Hausuhaunchen.



Al prójimo, contra una esquina

Una vez me citó un amigo en la calle del Almirante esquina a la del Barquillo, porque él tenía su oficina por allí cerca. Me dió el hombre tal plantón, que cuando agoté el capítulo de las injurias mentales me puse a pensar verdaderas tonterías para entretener la espera, y una de ellas fué la incoherencia que resultaba de aquella esquina: "Almirante-Barquillo". Me pareció que un almirante no debía acabar en un barquillo, y que, cuando menos, debía hacer esquina a la calle del Barco para estar de acuerdo con su jerarquía.

Desde entonces adquirí la manía de mirar los rótulos de las calles que forman esquina, y salvo alguna que otra que hace juego (como "Caballero de Gracia-Clavel"), encuentro coincidencias muy graciosas y algunos verdaderos disparates.

La calle del "Ángel" va a parar a "Tabernillas", lo que acusa una combinación casi irreverente. No se concibe un ángel que vaya a tabernillas.

La calle de los "Artistas" acaba en la "Glorieta de Cuatro Caminos". Todos los artistas aspiran a la gloria, y hacerles terminar en una simple glorieta es mortificar su vanidad y su amor propio.

"Aduana-Peligros" me parece una indirecta de carácter económico, una alusión a los riesgos que lleva consigo un arancel demasiado proteccionista.

"Dos Hermanas-Embajadores" es una esquina de máxima indiscreción. Si dos hermanas se topan con unos Embajadores, la tradicional reserva que se guarda en las cosas de los diplomáticos obliga a hacer la vista gorda.

"Huertas-Matute" tiene cierto carácter de poesía clásica: "La dulce fruta del cercado ajeno." Es como una invitación a saltar las tapias de esas huertas y llevarse alguna cosa de matute.

"Riego-Delicias" es como una burda ironía contra los mangueros de la villa, que unas veces nos llenan de polvo y otras de agua con su primitivo sistema de política hidráulica.

"Lavapiés-Sombrerete" es como una evocación de los mendigos que hacen de apóstoles en Semana Santa, y que se presentan decorosamente indumentados al solemne acto palatino.

"La Cava-Humilladero" es otra esquina con las de Caín. Parece recordar la triste página del Guadalete, donde la falange goda mordió el polvo de la derrota por los desvaríos de don Rodrigo.

"Mendizábal-Buen Suceso" es una esquina que me extraña no esté prohibida por su marcado carácter anticlerical, porque es como darle la razón

a aquel político y como tener por buen suceso su manera de gobernar.

"Escorial-Molino de Viento" también llamó un día mi atención. Me pareció que era algo así como acusar de locas aventuras al acreditado don Felipe.

"Ballesta-Desengaño" tiene matiz automovilista. Da la idea de un coche parado con averías en plena carretera.

"Salud-Carmen" suena a cosa afectuosa entre parientes, a cosa así como "recuerdos en casa".

La plaza de la Constitución hace esquina a la calle de la Sal, de manera que "Sal-Constitución" es como el "Abrete, sésamo" de los cuentos de magia o como una manera de meter prisa para ver en qué para todo esto.

Otras esquinas ofrecen la nota curiosa de poner juntos a dos hombres que vivieron en época muy distinta o cuyos apellidos forman un cómicó contraste: "Recaredo-Antonio Pérez".

"Sol-Montera" parece un telegrama taurino de esos que luego se inflan en las Redacciones de los periódicos:

"El espada brindó a los tendidos de sol, a los que arrojó la montera, produciendo con ello un frenesí de entusiasmo entre los populares."

Hay otras muchas esquinas que no puede uno comentar en las actuales circunstancias por las sugerencias políticas que despiertan y las contradictorias polémicas a que darían lugar.

Tenemos, por ejemplo, "Espada-Progreso". Unos entenderán que son dos cosas que casan bien, que el progreso, en efecto, se logra por la fuerza, a la trágala, mientras que otros entenderán que son cosas dispares, que se repelen, que se eliminan mutuamente. ¡Vaya usted a saber!

Por eso debía darse fin a la diabólica costumbre de citarse la gente en las esquinas, porque cuando el que va a venir tarda mucho, se despierta la agudeza del que espera y se da con hallazgos que siembran la inquietud y la zozobra en un espíritu ecuaníme y tranquilo hasta entonces.

RAMIRO MERINO



EN UN CONCIERTO.

El viejo.—Dígame, ¿por dónde vamos?

—Por "Granada".

—¡Caramba, no me he dado cuenta cuando hemos pasado por Córdoba!

Dib. NANÚ.—Madrid.

TRAMPANTOJOS

La estatua inesperada.

No se supo nunca por qué había brotado aquella estatua en el jardín.

El caso fué que una mañana se encontraron con ella, quieta en el gesto hipócrita de las estatuas, sobre un pedestal de haber estado allí toda la vida.

Se hicieron indagaciones, se preguntó en diez leguas a la redonda. Nadie sabía nada.

Sólo el que todo lo explica de alguna manera opinó que aquel debía ser un fantasma, que había vuelto la cabeza o había hecho algo prohibido por la ley y se había quedado convertido en estatua de piedra.

La escala obligatoria.

Tantos incendios hubo en el país, que se optó por dotar a las casas de unas escalas de palos y cuerdas, que tenía cada habitante en su habitación.

Pero se comenzaron a fugar tantas doncellas, que el país se convirtió en el país de los Romeos y Julietas y hubo que suprimir las escalas fatales.

El castillo de los Kuston.

Tan grandes señores eran los Kuston, que gozaban de uno de esos privilegios que sólo existen en Inglaterra: el privilegio de poder tener correo propio.

En el mismo castillo tenía una ventanilla en que ponía "Correo", y él mismo se certificaba sus cartas; y cuando llevaban valores, él mismo los llevaba a Londres, en vez de enviar, como hacía todos los días, un criado que llevaba el correo a la gran ciudad y allí volvía a certificarlo y a distribuirlo en los diferentes buzones.

El acaparador de cualquier cosa.

El acaparador de cualquier cosa no quería sino una función extensa y al por mayor; pero se encontró con que todo estaba acaparado, hasta la limpiieza de los cristales en serie.

Entonces, el acaparador de cualquier cosa se encargó de limpiar todos los tiradores dorados de la ciudad, y como ampliación de su negocio, las bolas de las pasarelas de las escaleras.

El periódico fracasado.

En aquel periódico no había ni literatura, ni alma, ni sutileza, sino sólo una gran fotografía que ocupaba toda la primera plana, y en la que representaba a una "estrella" cinematográfica.

Pero un día, ¡oh, consternación!, al lamentable director se le acabaron los retratos de "estrellas" cinematográficas, y la tirada comenzó a bajar, a bajar, hasta que el periódico se hundió en la noche inestrellada de la nada.

La mecanógrafa y el mecanógrafo.

Se casó la mecanógrafa más multipalabrera en la copia con el mecanógrafo, tan multitecleador como ella.

Entre miles de besos con que compensaban su ausencia de todo el día imprimiendo palabras, fué creándose el niño que iba a coronar aquella unión.

El niño era nervioso, hasta un poco epiléptico, y en cuanto recibió el pecho de su madre comenzó a tictaquear sobre él con sus deditos informes, y de vez en cuando trasladaba el seno izquierdo al lado derecho de la madre, como si moviese el carro de la máquina.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



—¿Quiere usted bailar después del tango un "tabaquillo"?
—Gracias, estoy fumando.

Dib. DESMARVIL.—Madrid.

OROCREMA
ALMENDRAS

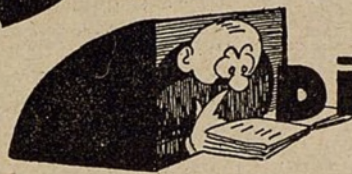
EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



BAMBALINA



DIABLAS Y TRASTOS



Los misterios de Nueva York

La batería teatral ha encendido sus fuegos, y ha sonado el primer disparo. Al disparo contestó el enemigo con una descarga cerrada y pedestre. Vamos, que "salió por pies".

Era en el Alkazar; se estrenaba "La casa endemoniada", una obra neoyorkina de esas que, según decían, escalofriaban. El frío en este tiempo seduce a cualquiera; y el escalofrío, igual. Esta obra, policíaca, reunía las dos cosas: el frío y el escalofrío; el escalofrío para intrigar; el frío para aliviar. El teatro, pues, se llenó de bote en bote. Este era otro consuelo: ver que aquí en pleno agosto—cuando en las playas la gente está de balandro en balandro—podía también estar todo Madrid de bote en bote. Allí, regateando, y aquí, sin regatear; pagando ocho pesetas la butaca por ver a unos negritos muy remalos en el pasadizo de Eslava, y pagando seis aquí, en el Alkazar, por ver a un negro y la Compañía, excelente, dándose a todos los demonios de la casa.

Pues bien; como decimos, el día del estreno de "La casa endemoniada", estaba el teatro lleno y dispuesto, benévolamente, a que le tomaran el pelo con tal de que se lo pusieran de punta. La primera condición, sí se cumplió; no, la segunda. En "La casa endemoniada" se oían ruidos extraños, pisadas retumbantes, arrastre de cadenas, carcajadas... Obra de cacos y de cocos, tan pronto aparecían los primeros, con linternas de mano y sigilosos, llevándose objetos varios, como amedrentaban los segundos, haciendo retumbar las escaleras.

*Pero las obras de truco
van cansando poco a poco
si, además de caco y coco,
no hay también algo de cuco.*

Y en "La casa endemoniada" no lo había. El autor no es cuco ni es nada: ni siquiera es autor. Por eso los ruidos verdaderamente espeluznantes fueron apareciendo en la sala mucho más que en el escenario.

La obra había querido atravesar, en un vuelo, el Atlántico, y aterrizó violentamente. Y es que se intentan vuelos de altura con aparatos insuficientes; pero otras veces—como en este caso—el aparato era excesivo para la insignificancia del piloto.

¿Es que hace falta tanto para una casa endemoniada por tan pobres diablos? La Compañía toda es buena y está bien conjuntada; el "manager" de la empresa está bien y es escritor; el traductor está bien y es autor. ¿A

qué entonces reunir todo eso para dar una comedia de ladrones en donde el único bandido es el autor?

A nosotros nos parece de primera que nos traigan del otro mundo todas las obras que quieran; pero siempre que sean obras del otro mundo; por lo menos, del otro jueves.

Pero no está siendo así. De América vienen barcos cargados de... Miren, por ejemplo, un caso: En plena Puerta del Sol, trasciende a fritanga que apestá. ¿Por qué? Pues porque han puesto, lectores, completamente en la calle, una máquina infernal, norteamericana... ¡de churros! ¿Es que hay derecho, señores?... En la patria del buñuelo, nos traen los churros de América... ¿Merecía que descubrieran América para eso?

Los churros norteamericanos en plena Puerta del Sol, más caros que los nuestros, y apestando; y, por si esto fuera poco, van ahora también a expenderse en los teatros los churros norteamericanos.

Esto es atroz, esto es cruel; nosotros también hacemos churros y no nos los admiten en ninguna parte. No puede ser; esto no puede ser... ¡Tan magníficas comedias policíacas que tenemos nosotros guardadas!...

Verán una, por ejemplo...

Nosotros tenemos una de un tal Mister April, que se ha representado en sólo un año 400 noches seguidas. Se llama "Mister Kokó", y por ser misterioso en todo, comienza por serlo ya en la enunciación de los carteles: "Drama que no es drama—dice—, en tres actos que son cuatro; y donde el ladrón que roba es un ladrón que no existe" ¿No tiene ya esto lo suyo? Pues esto es una miga; la libreta viene luego.

Hay un ladrón invisible, que roba sin saber cómo, sin que se pueda adivinar por dónde sale ni entra, pero que roba sin cesar...

El primer acto transcurre con la presentación de los hechos... Hubo en tres días, tres robos... La gente tiene hormiguillo... Cada persona que



RAIF
1.29

encuentra se hace sospechosa... Cada vez que alguien echa mano a los lentes, o al pañuelo, o al reloj y no lo encuentra, da un grito de: "¡Me han robado!"... aunque luego resulta que el pañuelo lo tiene en la mano, los lentes los tiene puestos y el reloj lo tiene en el Monte... Pero lo cierto es que hay robos; y entre tanta falsa alarma, hay robos que no son falsos. Y ¡en qué condiciones, Dios!... Cuando menos se lo piensan, reciben los señores de la casa un mensaje, que les dice: "Acaban de ser robados. Miren y verán cómo les falta el alfiler de la señora, la sortija del señor, el collar de la señorita"... Y van y miran, y, en efecto. Para empezar ya está bien. Con presentar los tipos y esto, ya tenemos medio acto, y ya está la curiosidad en carne viva... Ya la gente comienza a decir: "Estos norteamericanos son tremendos... Saben interesar como ellos solos..."

Pues bien; acto seguido, después de unas escenas de relleno, llega otra nueva cartita: "No se dejen objetos de valor encima de las mesas, porque desaparecerán... aunque no entre nadie."

Eso ya exaspera a uno de los presentes: "Bueno—dice—, yo, la verdad, no soy tonto y a mí no me hace creer ni que haya ladrones invisibles ni que haya duendes que roben... Yo les apuesto a ustedes a que dejo aquí este anillo, que apagamos la luz y no roban... Lo hace como lo dice; sujeta a todos las manos para asegurarse de que no le gastan una broma los demás; la escena queda a oscuras, pero con luz suficiente en la ventana para que se vea que por ella no entró nadie, y al encender, ¡sensación!... el anillo ¡lo han robado!..."

Téngase en cuenta, señores, que las

puertas han sido precintadas; que el público ha de ver que era matemáticamente imposible que nadie pudiera entrar. El anillo, sin embargo, ¡lo han robado!...

En éstas, el telón...

¿Qué les parece? ¿No se masca la pericia constructiva de los genios teatrales de Chicago?

Al levantarse el telón del segundo acto, están los personajes en la misma posición que al terminar el primero. Es una continuación. Los dramaturgos dinámicos de allá deben llevar a sus obras acciones concentradas. No ha pasado tiempo; sigue la tensión... Suenan unos golpecitos a la puerta—la puerta, todavía precintada... y al abrir aparece un personaje... "Vengo—dice el personaje—a restituir a ustedes las alhajas que les han robado: una sortija, un alfiler, un collar..."

—¿Usted quién es?—le preguntan. Y basta una palabra. "Yo soy Mister Kokó", para que todos se levanten y saluden y reciban al gran personaje como al verdadero salvador. Mister Kokó es detective...

Pero no es un detective—¡toma, toma, ¿qué se habrán creído ustedes?—como los usuales, no señor. Es un detective extraño, que no mira los muebles, ni pregunta nada, ni examina nada... Los demás le dicen lo que quieren, pero si no le dicen nada, él no pregunta... El se pone a hablar en seguida de otras cosas; de todo, menos del robo... Y cuando le dicen algo que tiene con el robo relación, contesta en seguida el hombre: "Ya lo sé"... Lo sabe todo aquel hombre...

Y sin moverse y sin nada, dice de pronto: "Lo tengo... Ya lo tengo... Lo sé todo... Mañana tendrán lo ro-

bado... Y, ¡cataplúm! ¡Infalible!... Lo robado aparece mañana.

Lo robado aparece cuando él dice; pero no el ladrón... ¡Qué raro!... Mister Kokó dice a eso que los gatos no se comen a los ratones, que les gusta más jugar con ellos... "Si yo cogiera al ladrón no podría divertirme..."

Y en un momento solemne, de gran expectación, añade estas palabras:

—Yo no cogeré nunca al ladrón porque no quiero... Pero en este caso además no cogeré nunca al ladrón porque "aquí el ladrón no existe".

Por fin, ¡claro!, se sospecha que sea Mister Kokó, el propio Mister Kokó, el que roba las alhajas... De esta sencilla manera se puede dar el gusto de robar para devolver y presumir de que acierta...

Todo esto parece verosímil; pero, ¿cómo demostrarlo?, ¿cómo roba? Los detectives que sospechan de Mister Kokó le preparan una celada... Le invitan a beber y deciden no dejarle ni un minuto para comprobar que mientras Mister Kokó esté con ellos no habrán de repetirse los robos...

Repiten la escena de la luz como la otra vez; apagan todas las luces; dan, como ellos dicen, "todas las facilidades al ladrón", y en cuanto apagan la luz, se oye un grito de uno de ellos y ven, al encender, que no sólo han robado, sino que hay un hombre muerto... Muerto sin sangre, sin golpe: muerto sin saber de qué...

Nos parece que en este momento puede ya caer el telón y ¡vamos bien servidos!...

Al comienzo del acto tercero están todos los personajes en la misma posición que al terminar el segundo. ¡Los norteamericanos son tremendos!... ¡Qué técnica más enorme!... ¡Qué novedad!... ¡Qué intensidad!... ¡Qué reconcentración intensivo-dinámico-potente!

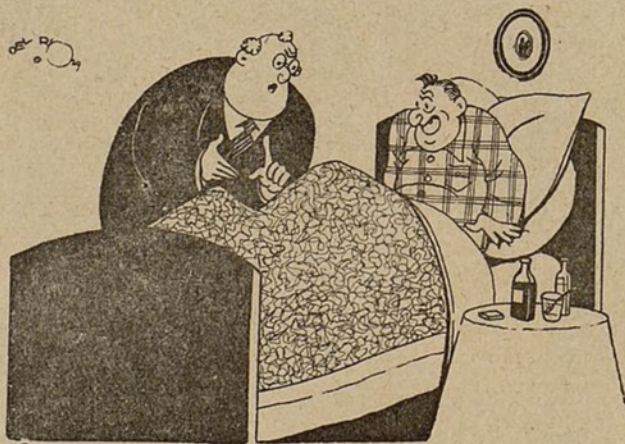
Llega Mister Kokó, traído por los otros, por los que no se separaron de él ni un momento y estuvieron jugando al ajedrez mientras acaecía el robo y la muerte...

Mister Kokó, como siempre, sigue en este acto manteniendo el tipo. "Ya lo sé"—contesta a todo. Y no le explica a nadie lo que sabe... "Lo robado aparecerá"—sigue diciendo... y aparece...

Todo aparece, lectores, y todo se averigua... El público sabe, al fin, en qué consiste el secreto...

¿Cuál es?...

¡Ah, no, lectores!... Nosotros lo sabemos... Juramos que se lo diremos a todos cuando la obra se estrene; pero mientras tanto, no... No tenemos autorización de Norteamérica...



El médico.—¡Bueno! Le voy a recetar unos papelitos...

El actor enfermo.—¿Cómo? ¿Papelitos a mí, que soy primer actor?

Dib. DEL Rfo.—Barcelona.

MANUEL ABRIL



Dib. GARRIDO.—Madrid.

“Buen Humor” en Nueva York

Cartas de un corresponsal que tenemos allí a sueldo



EL COLOSAL Y MARMOREO HOTEL PLAZA

Este hotelito, situado en la confluencia de la Quinta Avenida y la calle 58, dicen aquí que es muy elegante, bello y delicado (*model of elegance and delicate beauty*, dicho sea en palabras feas). También dicen que el mármol abunda que es un escándalo en todos sus pisos (*five marble staircases*, dicho sea igualmente en la inarmónica jerga que aquí se usa.) Y también sostienen que caben quinientas familias en sus preciosas habitaciones (*ballroom accommodating 500*, y ustedes perdonen la persistente lata). Pero, a pesar de tanta propaganda, resulta que, para llevar al público al Hotel Plaza, los mozos de los coches que esperan en las estaciones tienen que gritar: ¡Eh, al Plaza! ¡; Eh, al Plaza!!; casi como en los buenos tiempos en que Machaquito y el Bomba toreaban en competencia.

Mister Evans Craifford, el acreditado y ultramarino corresponsal de BUEN HUMOR, que ante Dios y ante los hombres tiene contraído con nosotros el compromiso formal de escribirnos desde Nueva York de vez en cuando, no nos había escrito desde Nueva York desde hace dos meses y desde que cobró un piquillo que le debíamos (desde hace más tiempo, desde luego), y perdonen ustedes los seis *des-des* que les hemos largado desde el primer desde hasta el último ídem; ¡son las naturales consecuencias de no saber escribir bien!... En resumen, que el silencio de mister Evans, coincidente con la percepción del piquillo, comenzaba ya a ofendernos, pues eso de esperar a coger el pico para cerrar el otro pico, no es caballeresco ni automovilístico; pero, afortunadamente, estábamos más equivocados que los que creen que Bilbao se escribe con hache. Mister Evans Craifford, consciente de su deber y agradecido a nuestro pagar, acaba de honrarnos con una nueva misiva que en nada merece de las anteriores, como van a ver ustedes si quieren fijarse un poco.

Dice así la anhelada epístola:

“Pistonudo director de BUEN HUMOR, macanudísimo administrador del mismo y corchotaponudos redactores y colaboradores del ídem:

En el breve lapso de tiempo en que mi humilde pluma ha estado entregada a un soberbio ocio, Nueva York ha seguido proporcionándome pretextos para llenarles a ustedes de admiración con su relato. Cada día que transcurre, pasan aquí cosas más fenomenales, más increíbles y más bestias. Esta es la ciudad de las sorpresas y del futurismo, y lo demás son idioteces. Se van ustedes a convencer ahora mismo.

Voy a comenzar hablando del peregrino salero y de la monumental gracia con que aquí se cometen los crímenes. Hay asesinatos tan festivamente humorísticos, que si las víctimas no se murieran del primer golpe, se morirían de risa con toda seguridad. La semana pasada, precisamente, se ha cometido un crimen tan divertidísimo, que todavía no han podido los jueces ponerse serios para interrogar al autor. El caso, contado en pocas pala-

bras de las no malsonantes (aunque, por su índole, con palabras malsonantes se contaría mejor), se reduce a un drama de adulterio, que son aquí los más corrientes debido a la exquisita educación moderna de nuestras mujeres...; y aunque digo de nuestras mujeres, no me refiero a la mía; y no me refiero a ella porque es muy fea, que no por otra cosa.

Parece ser que la distinguida esposa de un perito de explosivos mantenía con un amigo rubio y ferozmente ojoso relaciones poco formales (las relaciones formales ya las había mantenido con el pobre perito hasta que le llevó de cabeza al matrimonio). El amigo de la mujer del perito, o el amigo de la perita, como dicen en el barrio, se aprovechaba de vez en cuando del automóvil del perito, que tanto a él como a la perita les venía de pe-

rilla para sus paseos culpables y viles por las afueras neoyorquinas. Y, ¡claro, señor!, el marido acabó por oler a chamusquina, o tal vez por oler a excesiva gasolina; y hace cinco días pasó lo que tenía que pasar, que fué la siguiente juerga:

El pestilente adúltero se dirigió al garaje del matrimonio, extrajo de él al inocente automóvil, y al ponerle en marcha sobrevino una escandalosa e intolerable explosión que hizo pedazos al auto, y no digamos al que iba dentro.

Recogidos los pedazos de ambos, se comprobó que en el automóvil se habían colocado tres concienzudos y eficaces cartuchos de dinamita, uniéndolos por un hilo de cobre con la batería de marcha; y se comprobó también que de los pedazos del adúltero no faltaba ni uno, aunque eran lo me-

nos treinta y cinco los que había por el suelo. Para qué vamos a insistir en que la mujer del perito de explosivos (que, antes del suceso, estaba loca por los pedazos del otro gachó) negó, con los pedazos delante, que ella hubiera dado pretexto para una carnicería tan surtida. Y para qué vamos a decir que el perito de explosivos fué unánimemente estimado como el único autor posible de tan sublime y bella barbaridad, por lo cual, y aun admirándole mucho, le metieron en la cárcel como si fuera un vulgar criminal.

Este suceso pone sobre el tapete una cuestión interesantísima: la de si es lícito que los esposos ofendidos empleen para castigar a los burladores de su honor los conocimientos técnicos de sus respectivos oficios, en cuyo caso el perito de explosivos ha procedido perfectamente aplicando su cien-



LAS PROXIMIDADES DE LA BOLSA, A LAS HORAS DE IDEM

Curb brokers: the northern part of Broad Street is roped off, and in the enclosure are brokers and brokers clerks who have no connection with any organized exchange. They deal principally in stocks, bonds and securities not listed in the Stock Exchange; they transmit their orders in pantomimic signs to their offices in the surrounding buildings. It is one of the sights of the town... ¿Se han enterado ustedes, verdad? ¿No esperaba yo menos, porque no hay ningún lector de BUEN HUMOR que desconozca que eso es inglés!

Pero, bueno, vamos a ver, ¿qué opinan ustedes?... ¿Verdad que es intolerable que en la Bolsa de Nueva York se hagan esas cosas?... ¡Qué asco de vida, señores; yo no lo hubiera creído nunca!



APABULLANTE Y HUMEDO PANORAMA NEONYORQUINO, POR LA PARTE DE LOS PUENTES COLGANTES, DE LAS AGUAS CORRIENTES, DE LAS CASAS POCO ELEGANTES Y DE LAS CALLES ALGO PESTILENTES

Después de este epígrafe tan largo, poco tengo que añadir; porque si añadiera mucho, se pondrían ustedes moscas, y con razón. La fotografía, aún estando muy bien hecha, no da idea del sublime aspecto que presenta esta parte de Nueva York a las once de la mañana. Barcos, trenes, transbordadores, *ferry-boats*, autobuses, fábricas de fundición, vendedores de caramelos y mujeres de mala nota, arman un desolador lío y tan poético estruendo, que el corazón se entenece y la cabeza se hace polvo. Seguramente en estos barrios nació el *jazz-band*. Y puede que hayan nacido también algunas personas. Nacer aquí no es difícil. Vivir, sí; porque aquí no hay quien viva. Es mucho ruido y pocas nueces; mejor dicho, ninguna nuez, si hemos de hablar con la propiedad debida.

cia al escarmiento del sinvergonzón que se aprovechaba de su coche para ponerle en berlina... Lo malo es que no todos los maridos infelices tienen profesiones que se presten para una venganza bonita, porque ¿qué va a hacer un peluquero, por ejemplo? No creemos que opte por hacerle la ondulación permanente al adúltero miserable. ¿Y un sastre, le va a confeccionar un chaleco al piropeador de su tierna compañera? ¿Y un barítono, le va a cantar una romanza? ¡Nos parece muy poco, por mala que sea la música!... En resumen: que un esposo burlado, no siendo perito de explosivos, hace aquí un mal negocio. Si acaso podrán adoptar el sistema los médicos y los farmacéuticos, pero esos no necesitan que sus mujeres se la peguen para proporcionar terribles días de luto a la capital.

En fin, vamos a hablar de otro crimen, tan gracioso o más que el del furibundo y admirable perito, pues aunque el del perito no tiene pero, éste tiene una novedad que le hace excepcionalmente simpático. Hará ahora mes y medio que, en la calle 58, un transeunte pacífico y bastante chato fué terminantemente estropeado de

tres tiros de pistola por otro individuo, que daba la casualidad de que en aquel momento era transeunte también. El matador se llama Edgar Huntings. El muerto ya no se llama nada, porque está bien demostrado que a los muertos es estúpido llamarlos de ninguna manera, puesto que, se les llame como se les llame, no contestan nunca y hacen bien.

El caso es que Edgar Huntings fué detenido por un escrupuloso policía, ante el cual manifestó que no tenía el honor de conocer a su víctima, a la cual había elegido porque iba vestida de una manera horrendamente cursi, y como la ropa le sentaba como un tiro, pensó que los tres tiros no le podían sentar peor. Al principio se creyó que el criminal era un loco, pero luego, cuando delante del juez dijo que si el muerto hubiese llevado un traje de los *Grandes Almacenes Sunday* quizás no le hubiera matado, se aclaró todo. El asesino no era un neurasténico al que le ofendía la ropa poco elegante. Era un socio, pagado por los *Almacenes*, para hacer un reclamo eficaz de sus confecciones. Y tan eficaz ha sido, que la familia se ha mandado hacer la ropa de luto en los almacenes susodi-

chos, quedando encantada además por la baratura, y el policía y el juez han adquirido también dos chaqués, y los testigos presenciales del crimen se están comprando una de gabardinas que mete miedo, y el público que ha leído el relato del atentado en los periódicos está haciendo lo mismo, con tan imbecil unanimidad, que, el que menos, ha cargado con unos pantalones a rayas, por si era cierto que resultaba ganga.

Tal vez les sorprenda a ustedes la facilidad verdaderamente abusiva con que aquí se perpetran estos crímenes originales y en prosa, pero la explicación está en la falta de energía del Jurado y en los líos que arman los abogados defensores para justificar a su inmundicia clientela. Aquí se ha condenado a seis años de prisión a un asesino a quien se debió condenar a doce, porque el abogado demostró que la víctima era un enano, y no resultaba lógico aplicar los doce años que se aplican por matar a un hombre alto, a un infeliz delincuente que sólo había matado a un socio que valía la mitad o acaso menos. Y no digamos cuando la víctima es un negro. Criminal ha habido que, después de matar a un negro, ha tenido que matar seis más, pa-

ra tener derecho a que le condenasen a una pena de alguna importancia, porque, por un negro sólo, el Jurado no quería molestarse en echar cuentas para dictar el veredicto.

En conclusión: que si alguno de ustedes viene a Nueva York, tenga presente que aquí es mejor negocio ser asesino que ser interfecto.

Cosa que creo ocurre también en Navalcarnero.

Aunque a ustedes les parezca mentira, los neoyorquinos somos supersticiosos a gunas veces.

Díganlo si no los comentarios que buena parte de la Prensa ha elaborado a propósito de un indiscreto y terrible incendio que ha reducido a cenizas una casa de vecindad del barrio judío.

El fuego empezó por las guardillas y acabó por hacer la pascua a todos los vecinos.

Y lo relativamente triste es que trece judíos encontraron la muerte donde esperaban encontrar algún dinero.

Pero ahora resulta, según la Prensa, que el siniestro ha sido una cosa de mala suerte por haber sido trece los judíos que han muerto en él.

Es decir, que si hubieran muerto doce judíos nada más, el fuego habría resultado afortunadísimo.

Y suponemos que si los judíos fallecidos hubiesen sido catorce, habría resultado mucho más afortunado todavía.

Por lo menos, esto es lo que parece dar a entender la Prensa, la cual pinta con negros colores los espantosos resultados del incendio.

Porque no es lo malo que hayan perecido trece judíos. Lo terrorífico es que se han quedado sin muebles, sin ropas y sin casa cincuenta y ocho judíos más. Es decir, que los judíos que hoy están verdaderamente quemados son los cincuenta y ocho últimos.

Resumen: que el fuego se presta a dolorosísimas reflexiones, lo mismo que el dinero de los judíos se presta al ciento cincuenta por ciento siempre que se puede (que se puede siempre).

Pero dejaremos las reflexiones para otro día que estemos más tristes y tengamos menos prisa por acabar.

Cerraremos esta crónica con las últimas notas de la semana en Nueva York.

En la sesión del Ayuntamiento, ce-

lebrada el lunes, un individuo del Concejo presentó una moción que produjo emoción. Se pide en ella que se obligue a los mendigos a que vayan bien vestidos por la calle, y, al que se niegue, que se le impongan tres mil dólares de multa.

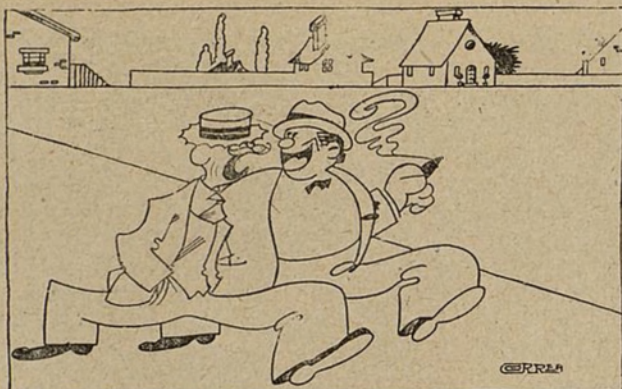
Corre el rumor de que el multimillonario Jackard Warren ha hecho testamento dejando toda su fortuna al Colegio de Sordomudos de Bronx City. Se asegura que los sordomudos no encuentran palabras para elogiar este rasgo.

Desde el domingo próximo, todos los tranvías de la línea séptima irán provistos de *water-closet* para los viajeros que vayan con ciertas prisas.

Y, finalmente, anteayer se comentó mucho la detención de un transeunte manco en la Cuarta Avenida por contravenir las órdenes sobre circulación. Resulta que el manco no quería ir por su mano.

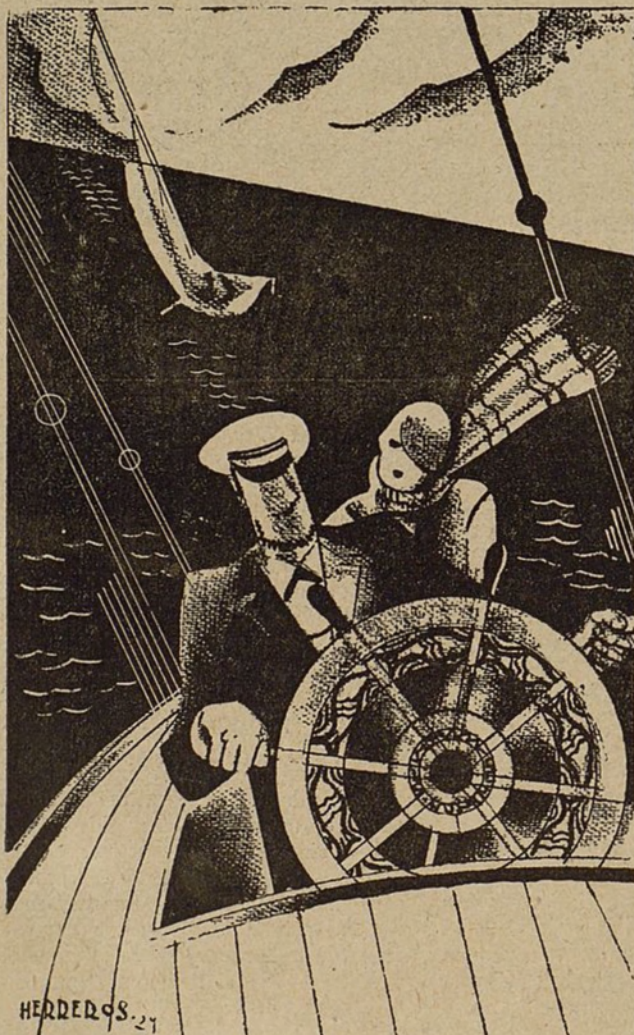
Y hasta mi próxima crónica, que procuraré que sea algo más profunda y filosófica que la de hoy, si el tiempo no lo impide.—*Evans Craifford.*"

Por la copia,
ERNESTO POLO



—¿Tú crees que los burros vuelan?
—¡Qué atrocidad! Nunca, hombre, nunca.
—¡Pues mi hijo quiere ser aviador!

Dib. CORREA.—Albacete.



—¿Cómo es que nunca estás malo?
—Porque no discuto nunca.
—Pero ¿qué tiene que ver la discusión con la salud?
—Tienes razón.

Dib. HERREROS.—Madrid.

MARIDOS DE VERANO

Se está constituyendo por los maridos
caniculares
un par de agrupaciones de opuestas miras
particulares.
Unos hay como López, el fiel esposo
de doña Emilia,
que producen alarmas a todas horas
en la familia.
Les dicen a los hijos y a la señora,
muy seriamente,
que en estas circunstancias, salir de viaje,
no es conveniente;
que roban en los trenes a los viajeros
los asesinos;
que vuelcan muchos "autos" por esos pueblos
y esos caminos;
que en los hoteles, dada la carestía
que hay por doquiera,
por menos de cien duros no admiten gente
ni en la escalera,
y que aun cuando el Gobierno no espera que haya
perturbaciones,
tan sólo en Jueves Santo deben andarse
las estaciones.

Que ¿por qué son ahora ciertos maridos
tan alarmistas?
Por evitarse el gasto de los expresos
y las modistas.
Pero hay otros maridos caniculares
(conozco muchos)
que en ciertas veraniegas marrullerías
están muy duchos,
y, formando contraste con los primeros,
son optimistas
y dicen lo contrario de lo que temen
los alarmistas,
convenciendo a la esposa y a los chiquillos
y a la cuñada
de que no hay accidentes, choques ni atracos
ni ocurre nada.
¿Que por qué lo aseguran, aunque harto saben
lo que es corriente?
Porque así la familia se está en el campo
tranquilamente,
y ellos, aquí sujetos a sus negocios
y medio fritos,
se chupan la gran vida solos y libres
los pobrecitos...
(aunque muchos esperan echar sus canas
al aire ardiente,
y por fas o por nefas se aburren luego
completamente).

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

Cartas de sinvergüenzas

Sr. D. Ildefonso Quiroga San Martín.

Muy señor mío: Ayer mañana mi distinguida esposa fué a su domicilio a entregar una epístola de un humilde servidor, en la cual, y con los respetos que usted siempre me mereció, me merece y me seguirá mereciendo, le suplicaba un modesto óbolo de 20 pesetas para subvenir a una necesidad perentoria. En primer lugar, el canalla de su portero obligó a ascender a mi amada compañera de infortunios por la escalera de servicio, negándose en rotundo a que hiciera uso del ascensor, causando a mi costilla una enorme molestia, porque la pobre desde hace diez y ocho años padece un reumatismo articular tan espantoso que el insigne doctor y periodista doctor César Juarros, que la ha visitado varias veces, ha dicho que de ese extraño reumatismo articular hace él un artículo. Pues bien, mi amable don Ildefonso, después de este pequeño contratiempo, la fámula que desgraciadamente abrió la puerta de la escalera interior a mi entrañable parienta, al rogarle ésta que hiciera la merced de entregarle la misiva a su señor, tuvo la avilantez esa asalariada joven, de llamar a mi señora lechuza, tía sablista, malcorfa y cuero crudo, y añadió que ya estaban ustedes hartos de recibir cartas demandando dinero y prendas en mediano uso, y en definitiva le dijo que se marchara a un sitio a donde materialmente no se puede ir sin llevar un frasquito de Hubigán.

Yo me hago cargo, bondadosísimo don Ildefonso, que hará unos siete años, desde una tarde que soplab una fuerte ventisca y se le voló a usted el sombrero en la calle de la Montera, y yo, oportunísimo y tras una larga caminata, pude hacerme con él en la plaza de Santa Bárbara. Al devolversele, usted atento y agradecido me dió una elegante cartulina exclamando: "Ahí tiene usted mi nombre y mis señas para lo que usted guste mandar." Yo me hago cargo, repito, que desde que ocurrió el vendavalesco incidente del frégoli vengo molestando a usted frecuentemente con peticiones y socorros un día sí y otro no... y otro no puedo menos de molestarle también. Debido a su generosidad y altruismo, señor Quiroga, he usado un gabán que usted me regaló seminuevo, guatado y con cuello y vuelta de astrakán, que gracias a la bondad de su magnífico género he podido volverle tres veces, y hoy, lo confieso tristemente, dolorosamente, señor San Martín, hoy no hay que darle vueltas, porque está para tirarlo. También me

doy perfecta factura que su señora obsequió a la mía con una amplia manteleta de azabache de la época en que Adelina Patti arrebató a los públicos del Universo; pero que a mi cónyuge le ha hecho su avío, las cosas en su lugar. A qué armar ahora una controversia por si la manteleta era de la época de la Patti o no lo era o si estaba picado o sin picar. ¿Que la prenda era antigua? Conformes; pero debatir por

cosa tan nimia, ¡oh, eso nunca! Jamás. Una cosa es la época y otra el debate.

Estoy completamente percatado que le debo a usted múltiples favores, entre ellos muchos pares de alpargatas que en diferentes ocasiones envió usted para mis doce hijitos de mi vida. ¡Ah, sí! Muchísimos pares, don Ildefonso, y no se me olvidará nunca que una vez que se encontraba usted en Marsella y habiéndole yo escrito que mi infortunada prole estaba materialmente descalzita porque las alpargatas las tenían hechas polvo, a los pocos días me envió usted



EN LOS TOROS

El (deseando entablar conversación).—Si no recuerdo mal, nos hemos visto antes de ahora.

Ella (deseando eludir el diálogo).—En efecto. Usted es el que quería meterse en tendido de sombra con andanada de sol.

Dib. CUESTA.—Par.s.

doce pares de Francia. ¡Oh, qué corazon el de usted, don Ildefonso! ¡Qué sentimientos! ¡Qué bondad! Por eso me apesadumbra y estoy que raspo con los dientes el yeso de las paredes de mi hedionda vivienda, al pensar que un hombre de tantísimas virtudes pueda soportar una servidumbre tan repugnante y canallésca como la que usted tiene. Bien sabe Dios que no lo digo por no haberle sido entregada la carta que ayer le dirigí ni por los quince céntimos que me ha costado el sello para remitirle a usted esta nueva misiva. No, señor, de ninguna manera. Yo no soy tan ruin. Lo digo porque he podido comprobar que su cocinera le roba a usted diariamente de tres a cuatro duros de las 50 pesetas que usted le entrega para la plaza. Precisamente hace tres mañanas la vi en la plaza de los Mostenses conversando con un pollito pera de esos que hablan como si tuvieran frenillo y después de algunos halagos y mimos del imberbe mozalbete, la discípula de Brillant-Savarin le entregó 15 pesetas en tres discos plateados. De forma que aquel día a su marmitona la costó tres duros un pollo que usted no deglutió, pero sí abonó.

Y de su doncellita no habíamos, porque esa no sisará, pero ¡anda! que la pobre siempre que la envía usted o su señora a algún recado, en cuanto pisa la calle se encamina como una bala al establecimiento de mercería que se rotula "El sol sale absolutamente para todos", sito en la esquina de su calle, y con uno de los dependientes, un tal Castaño, que por cierto es rubio, se pasa hora y media de palique. Sabe Dios la de trapacerías que inventará al regresar al domicilio para justificar la tardanza. Menuda "peja" está hecha la tal doncellita. Ni gratis, y encima regalándole una suscripción anual al "Blanco y Negro" y BUEN HUMOR la tomaría yo a mi servicio. ¡Ay, qué niña! ¡La que me lactó en mi infancia! Esto no es decirle a usted que la despidan. ¡Libreme Dios de cosa semejante! Yo no soy tan ruin.

Y ahora, mi ilustre y bondadoso protector, si quisiera usted sumar una más a tantísimas atenciones como ha tenido usted siempre conmigo, le agradecería dejara al portero de su casa la mezquina cantidad (para usted, naturalmente) de 20 pesetas, para que con ellas, y según prescripción facultativa, pueda adquirir en cualquier farmacia un frasco de Piperacina Monforte, un tubo de tabletas de Atophan y un rábano yodado para mi desgraciada Clotilde, que hay noches que los gritos que lanza por el dolor de su reuma se deben escuchar en Montevideo. Como no me gusta abusar de nadie, no

le pido a usted más que lo estrictamente necesario para la compra de esos específicos. Doce pesetas me importa la Piperacina, siete pesetas me importa el Atophan y una peseta me importa un rábano. Que hacen un total de veinte pesetas.

Muy agradecido y con miles de recuerdos de la pobre reumática para usted, se pone a sus órdenes su esclavo y humilde servidor que le desea prosperidades sin fin y e. s. m.,

Armando Zaragata.

Señorita Encarnación Menéndez. Querida hermana: Obran en mi poder nueve cartas que me has remitido: unas con tu hermana Leo y otras con Celes, la chica de tu portera. Me he sorprendido mucho al decirme mi patrona que, cuando pregunta por mí tu hermanita, lo hace en esta forma tan poco educada: "¿Está en casa el sinvergüenza ese de Casildo?" Lo mismo que el léxico que se trae la vástaga de tu portera que, cuando pregunta por mí y la dicen que no estoy en casa, añade: "Pero ese granuja, ¿cuando está en el domicilio?"

Es un poco triste, Encarna de mi corazón, que se le insulte a un hombre y se le impropie sin razón fundamentada. Demasiado sabes que el niño no te lo reconocí porque me tuve que ir a Sigüenza llamado por mi tío Segundo para apadrinar a un moro que se convertía al cristianismo y se vinculaba con una sigüencensa o como se llamen a las nacidas en esa cabeza de partido; pero yo te prometo, bajo mi palabra de honor y con la mano puesta en el sitio que tú me indiques, que esa criatura, an-



El beodo.—¡Atiza! Tres faroles. ¡A ver si tengo suerte y me agarro al de verdad!

Dib IÑAURRI.—Madrid.

tes de ir a servir a S. M. (q. D. g.), yo le reconoceré si para entonces me queda vista. En tu cuarta carta o carta cuarta, como te parezca mejor, me recuerdas las trescientas pesetas que me prestó tu bonísima madre a los dos meses de entablar nosotros nuestras relaciones. ¡Parece mentira, Encarnita, que me recuerdes eso! Ciertamente, es cierto que la que te dió el ser... lo que seas, no bien se las pedí me las entregó a las pocas horas; pero ¿está bien, Encarnita, tú reflexionalo, está bien que porque se me hayan torcido las cosas y la vida me golpee despiadadamente y hayan transcurrido cinco años y yo no haya podido devolver esas tristes pesetas a doña Romualda, diga tu madre a quien la quiera escuchar, que son unas cuatro mil vecinas, que soy lo más repugnante y asqueroso que ha venido a este planeta y que como no la pague esa cantidad me va a dar con la mano del almirez en mitad de los sesos? Si esa señora cumple lo que ha dicho, será la primera vez que una persona me pone a mí la mano encima. ¡Oh, qué cosa más ruin! ¡Manotearme el cráneo! Pues si yo te abandono con seis criaturas y me embarco con rumbo a Chile con una profesora en partos "chicoeslovaca", como ha hecho un amigo mío con su mujer, después de haberle mantenido ella ocho años abonándole tres y medio una academia de baile para que aprendiera "foxex", charlestons y demás norteamericanismos con objeto que ayudase a llevar el peso de la casa, ¿qué hace conmigo tu madre si yo hago una cosa así contigo? Sin duda alguna agarra un hacha y me hace cuartos, y eso que hacerme a mí cuartos es más difícil que hacer hoy día una interviú a doña Juana la Loca.

Me comunicas que te has mudado a la calle de la Luna, 25, sotabanco, y que tu situación financiera es deplorable. Al leerlo, las lágrimas que brotaron de mis ojos humedecieron el papel rayado de tu misiva; ¡pobre Encarna, te compadezco!, y hago fervientes votos porque la fortuna te sonría. Me ruegas en tu última te envíe algún dinero. ¡Ah, Encarna de mi alma, tú estás loca! Pero, ¿qué dices? ¿Yo algún dinero? Pero ¡ah, sí! Ahora caigo. Tú vives en la luna.

Olvidame y serás feliz. Besa al tierno retoño en mi nombre, ponme a los pies de tu madre y si por casualidad tuvieras dos pesetas sueltas envíame una por el dador, que estoy sin fumar desde el domingo y hoy es sábado.

Tuyo,

Casildo.

Por la copia,

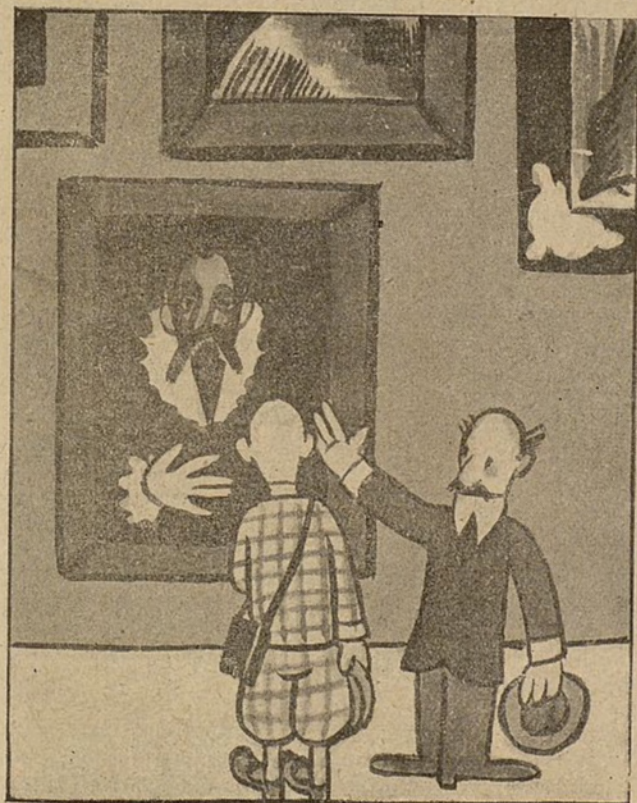
ENRIQUE GARCIA ALVAREZ



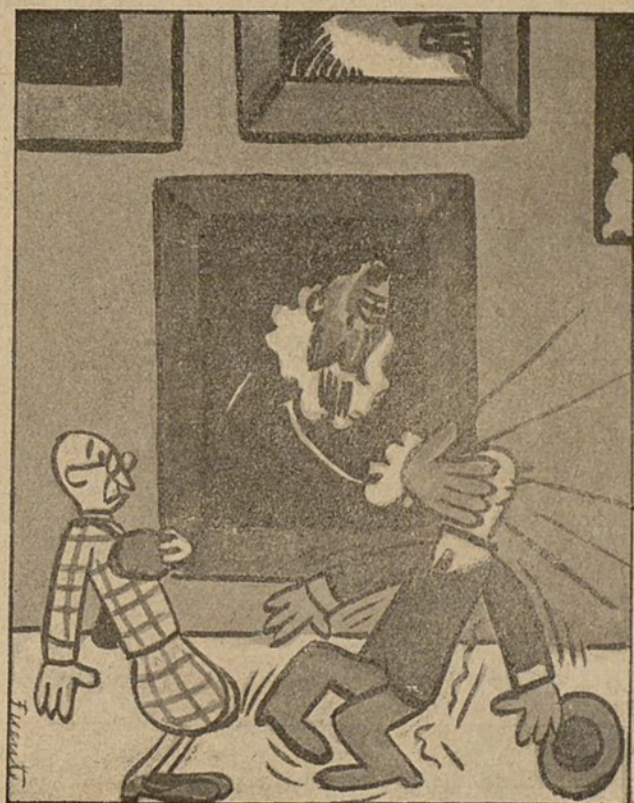
—Aquí tiene usted “Las tres gracias”, de Murillo.



—“Las lanzas”, de Tiziano.



—Y este cuadro que aquí ve es el que tiene más fama en el mundo: ¡¡¡LA MAJA!!!



¿¿¿...!??

NOVISIMAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

EL MISTERIOSO ASUNTO DEL HOMBRE DE LA BARBA AZUL MARINO

RESULTA QUE CADA VEZ SE PUBLICA UN EPISODIO COMPLETO

EL TIMBRE DE ALARMA.—UN HALLAZGO MACABRO Y PEDESTRE.—IMPORTANTES DECLARACIONES EN SCOTTLAND-YARD.—LA TIENDA DE SOMBREROS DE OXFORD-STREET.—LA MUERTE DEL BARBUDO.—EXPLICACIONES FINALES

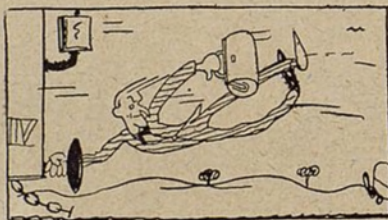
EL TIMBRE DE ALARMA.

Yo había pasado el día en el campo: en Slough.

¿En Slough? Sí; en Slough. ¡Qué bien hace esto! En Slough...

Yo había pasado el día en el campo (en Slough) y regresaba a Londres, a bordo de uno de los trenes de la tarde, cuando al llegar a la estación de Charing Cross oí gritar desaforadamente a varios viajeros de los que, por viajar sin billete, iban sentados en el techo de los vagones.

Al principio no hice caso. Supuse que el interventor les habría sorprendido y que los viajeros sin billete estarían asesinandole, como siempre ocurre. Pero al cabo de unos instantes no fueron sólo los viajeros del techo los



Yo le seguí a buen paso.

que gritaron, sino que se pusieron a gritar todos cuantos se hallaban situados junto a las ventanillas y que, por tal causa, viajaban contemplando el paisaje y tragando hollín.

—¡Algo muy grave ocurre!—pensé, lanzándome al timbre de alarma y tirando hacia abajo de la empuñadura.

El aparato funcionó al instante; pero en lugar de parar el tren, como yo esperaba, salió por cierta ranura una tarjetita perfumada con gasolina y que decía así:

Si está usted en peligro de muerte, récele a San Jorge, caballero.

LA COMPAÑIA

Era ésta la última modificación que se ha introducido en los timbres de alarma de los ferrocarriles británicos y que tiene por objeto evitar las detenciones de trenes por accidentes y

fortalecer el ánimo de la raza inglesa en los momentos de peligro.

UN HALLAZGO MACABRO Y PEDESTRE.

Entonces me abalancé a una de las ventanillas y supe a qué obedecía el griterío de los viajeros.



Dieciséis síncope seguidos a los empleados que primero abrieron el cajón.

En sentido inverso al nuestro avanzaba rápidamente otro tren, y agarrado al tope del último furgón, y en volandas, iba un hombre.

Lo reconocí al punto por un lunarcito que tenía en la nariz.

Aquel hombre era Sherlock-Holmes. Sería ocioso como un vagabundo advertir que me tiré en marcha de nuestro convoy y que seguí al otro tren a buen paso.

¿Adónde se dirigía Sherlock-Holmes? ¿Qué nuevo y tenebroso asunto le impulsaba? Estas preguntas, y algunas más, tales como "¿lloverá en Bombay?", "¿cuál fué el primer hijo de Abraham?", etc., me hacía yo mientras andaba, y nadie—ni siquiera la brisa de la tarde—me contestó una sílaba.

Habíamos recorrido el tren y yo unos cuarenta y cinco kilómetros, cuando Sherlock, que ya viajaba sentado en el tope, me dijo:

—Sube, Harry. En el otro tope tienes sitio.

Y sólo entonces me decidí a subir, pues ya es conocido el respeto que yo le tenía al maestro, respecto nacido de la superioridad y de un ingeniero agrónomo.

De tope a tope, la conversación no tardó en ligarse.

—Celebro haberte encontrado—me dijo Holmes—, pues creo que vas a ver cosas interesantísimas.

—Afortunadamente, la casualidad ha hecho que...

—Sí—me replicó poniéndose en un dedo una inyección de morfina, lo que era frecuentísimo en él, como se sabe.

—¿Y adónde vamos, maestro?—me atreví a preguntarle.

—Lo ignoro—contestó.

Estuve a punto de caerme a la vía a causa de la sorpresa que aquellas palabras me produjeron, pero no lo hice por no molestar a Sherlock.

—No sé—siguió él—el punto fijo a donde vamos; sin embargo, te advierto que debes estar prevenido, pues



Fíjate, Harry, que en el cajón hay tres pies.

quizá no tardemos mucho en tener que tirarnos del tren en marcha.

—¿En marcha?

—¡¡Pronto!! ¡¡Al suelo!!—gritó.

Y le vi lanzarse al espacio con una habilidad de hidroplano, que procuré imitar lo mejor posible.

El se levantó del suelo tan tranquilo. Yo, al caer, me rompí una pierna.

Y Sherlock-Holmes, con su buen sentido característico, exclamó al darse cuenta de ello:

—Bueno; según parece, tienes otra pierna, ¿verdad?

—Sí, maestro.

—Pues andando. Bien dice el refrán que hombre prevenido vale por dos.

Caminamos unos minutos en silencio por un paraje dulce, arropados en

la chilaba del anochecer (1), y al cabo Holmes se detuvo ante un pequeño montículo, exclamando:

—Aquí está. Cava, Harry.

Por espacio de un cuarto de hora cavé con el alfiler de corbata y retiré la tierra removida con la tapa de mi reloj de bolsillo. De pronto, cierto objeto apareció en la superficie. Retrocedí aterrado:

—¡Un pie humano!

—Sí, Harry. Un pie humano. *El que faltará en el cajón.* Pero ya sabemos bastante... Entiéndalo otra vez y volvamos a Londres. Te convidó a un *vermouth* con *beefsteack*.



Una dependienta de ojos hermosos.

IMPORTANTES DECLARACIONES EN SCOTTLAND-YARD.

Al día siguiente, ya en Londres, recibimos un aviso telefónico de Scotland Yard. Como por medio del teléfono no logramos entender una palabra de lo que nos decían, nos trasladamos personalmente al célebre Centro Policiaco.

Allí el *mayor* Skaboory nos hizo pasar a una habitación decorada con cráneos de avispa, y dijo:

—Vea usted, señor Holmes, lo que acabamos de encontrar en el furgón de equipajes de un tren llegado ayer por la línea del Sur.

Y nos mostró un gran cajón abierto, dentro del cual se distinguían, como alumnos aplicados, varios restos humanos.

—¡Es bonito! —exclamó Sherlock echando un vistazo al interior del cajón.

El *mayor* Skaboory le miró, admirándose del valor y la resistencia nerviosa del genial detective. ¡Pensar que a éste no le producía ni frío ni calor contemplar aquellos despojos que habían provocado dieciséis síncope a los empleados que primero abrieron el cajón!

Pero todavía se admiró más cuando oyó que Holmes añadía:

—Son los restos de un hombre afei-

tado después de muerto. Al cadáver le sobra un pie. Porque fíjate, Harry, que hay tres pies en el cajón...

—Pero, querido Sherlock—no pudo por menos de saltar el *mayor* Skaboory—, ¿cómo de una sola ojeada es usted capaz de decir que en el cajón hay tres pies y que, por lo tanto, al cadáver le sobra uno?

Sherlock-Holmes sonrió sin contestar, y encendiendo su vieja pipa, que tiraba peor que un caballo con glosopeda, se encaminó a la puerta, y desde allí declaró:

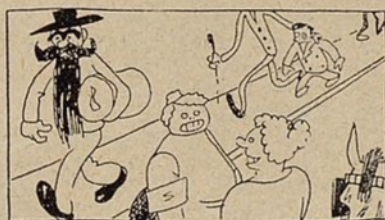
—El criminal es un peluquero que, desde anteayer, lleva barba postiza, una barba de color azul...

—¡De color azul!

—Y en cuanto al muerto, se trata de un marino llegado hace poco a Londres y que hacía muchos años que no vivía en Inglaterra.

Trató el *mayor* de obligar a Sherlock a ser más explícito; pero Holmes se negó en redondo, tan en redondo como una plaza de toros.

—Mañana, a la hora del té, le traeré a usted al hombre que ha matado al marino y que encerró el cadáver en un cajón, enviándolo por correo. Esto



Comenzó la persecución.

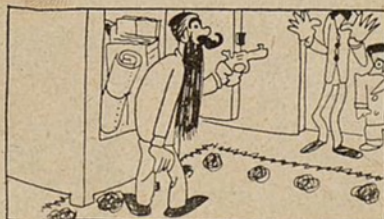
es todo lo que puedo decirle por el momento, Skaboory...

Y, sin añadir una palabra más, salió del Scotland Yard por una ventana del séptimo piso.

¡Qué hombre! Era admirable.

LA TIENDA DE SOMBREROS DE OXFORD-STREET.

En las primeras horas del medio día, el maestro, que estaba de un hu-



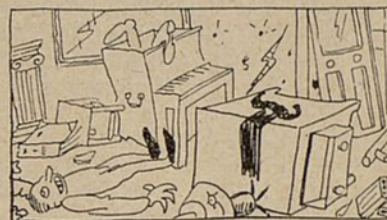
—¡Atrás!—clamó el hombre, con voz maldita.

mor tan excelente que parecía herpético, me dió algunas órdenes.

—Coge un buen par de esposas y prepárate a detener a uno de los criminales más peligrosos de todo el Reino Unido, incluídas las islas Sandwich.

Obedecí temblando como la hoja en el árbol y el boxeador en el *ring*, y, uniéndome a Holmes, salí a la calle.

Veinte minutos más tarde llegábam a Oxford Street; Sherlock me señaló una tienda de sombreros para señoras establecida en el número 13, y cuyo nombre era *El caos en cascós*. dentro, una dependiente de ojos her-



La estancia aparecía en un desorden casi soviético.

mosos, aunque bizcos, trajinaba entre alas y copas.

—Atención, Harry — me advirtió Holmes—. El asesino va a venir a esta tienda. No pierdas de vista ningún extremo de la acera. Lo reconocerás fácilmente porque lleva puesta la larga barba postiza de color azul.

—Sí, maestro.

Y ambos nos pusimos a espiar la calle. Pronto noté mi sangre congelada al oír a Sherlock decir:

—¡Ahí está!

Y al ver a un hombre hercúleo y de poblada barba azul avanzar hacia la sombrerería:

—Ahora entra...—musitó Holmes.

Pero en seguida gruñó:

—¡Diablo! Se arrepiente... No entra... ¡Se va! Sin duda recela algo... ¡Vivo, Harry! ¡Vámonos detrás de él! Si le perdemos de vista, estamos perdidos como el *Titanic*...

Comenzó la persecución, que al punto se convirtió en carrera. Contra su costumbre, Sherlock iba echando juramentos. Yo iba echando el bofe.

En Finsburg Circus el barbudo azul se coló de rondón en una casa y Holmes y yo quedamos en la acera igual de absortos e inmoviles que dos vendedores de plátanos.

—¿Qué hacer?

—¿Qué hacer? ¡Y tú lo preguntas?

¡¡Hay que subir!!—rugió rabiosamente Sherlock Holmes.

Le obedecí de nuevo, hecho polvo insecticida.

(1) Ya verán ustedes cómo Valle Inclán acaba copiándose esa imagen.

LA MUERTE DEL BARBUDO.

Irrumpimos como dos fieras; subimos dos pisos (a piso por fiera) y entramos en una estancia donde, al lado de una caja de caudales sin cerradura, se hallaba el hombre de la barba.

—¡Date preso!—gritó Holmes.

—¡¡Atrás!!—clamó el hombre con voz maldita mientras nos apuntaba a los ojos derechos con un revólver.

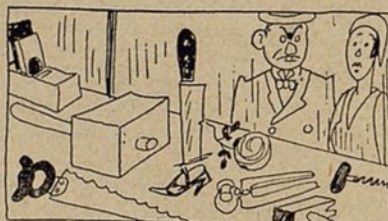
Y antes de que nos diéramos cuenta desapareció por una puerta que se abría en la pared y que servía para entrar y salir.

Le seguimos de nuevo; sonó un tiro, y al hollar la habitación inmediata, que aparecía en un desorden casi soviético, y donde sin duda se había cometido el crimen, ya sólo pudimos asistir á la agonía del criminal. Antes de arrearle el tiro se había quitado la barba, que se hallaba sobre una mesa.

LAS EXPLICACIONES FINALES.

Dos días después, fumando ambos ante la chimenea de Backer Street, Holmes me explicó todos sus trabajos en el misterioso asunto.

—La clave de todo me la dió la tienda de sombreros, donde, como tú verías seguramente, había un letrero diciendo: *Especialidad en sombreros de pelo azul. Última moda.* Calculé en seguida que lo que el asesino buscara en su víctima era la barba, la espléndida barba azul que lucía el marino asesinado y que el criminal pensaría vender en la tienda con destino a la fabricación de sombreros. Asesinado el marino, el criminal le afeitó, arregló la barba (por eso pude asegurar que era un peluquero) y se la puso hasta tanto que llegaba el momento de venderla. Luego hizo desaparecer el cadáver cortándolo en terroncitos y metiéndolos en el cajón. Lo que me que-



Desde entonces la tienda de Oxford Street es conocida de todo el mundo.

daba a mí que hacer era fácil: espiar el instante en que el asesino fuese a la tienda a vender la barba y detenerlo.

—¿Y cómo pudo usted asegurar que la víctima faltaba en Londres hacía años?

—Porque de haber vivido en Londres hubiera estado enterado de que podía vender su barba en la tienda de Oxford Street y habría ido él mismo a hacer el negocio...

Yo, como siempre, estaba maravillado. Indagué:

—¿Y de quién son los otros dos pies que hemos visto, el tercero del cajón y el enterrado en el campo?

Holmes no me contestó.

Quedó mirando con fijeza la humbre de la chimenea y suspiró:

—¡Ay! ¡Qué ganas tengo de que llegue el verano para ir a pescar bacalao a Escocia!

No me atreví a insistir con mis preguntas, y desde entonces llevo clavado en mi alma el deseo insatisfecho de saber de quién narices eran aquellos pies.

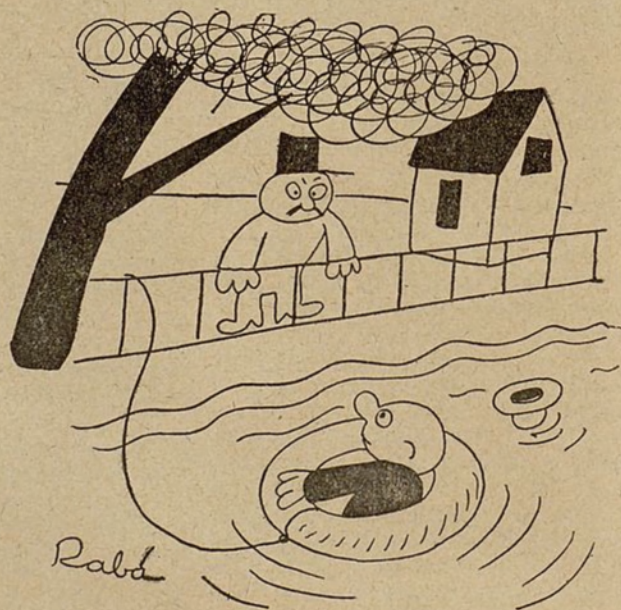
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Monos aclaratorios de mister Sama.)



El ladrón veterano.—No te molestes en contar el dinero que hemos robado. Mañana nos lo dirán los periódicos.

Dib. TROFF.—Albacete



—¡Pero qué locura! ¿Por salvar el sombrero arriesga usted su vida?

—Es que no tengo otro, y si voy sin él me acatarro con mucha facilidad.

Dib. RABÁ.—Madrid.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA VIDENTE, por Jean Bonot

I

El curandero (hombre habilísimo en el arte de embaucar al prójimo, que pretende hacerse pasar por descendiente de los profetas).—¡Esposa! ¡mía! ¡He tenido una idea luminosa! ¡Pronto tendremos el dinero a patadas!

La esposa del curandero.—¡Explicáste, Agenor! ¿Has descubierto un nuevo jugo curalotodo? Mira que de otra manera sería difícil ganar dinero entre gente tan desconfiada y tan incrédula como la que nos rodea. Salvo que te dediques a hacer milagros de verdad. Cosa que...

El curandero.—Cosa que es sencillísima.

La esposa del curandero.—¿Cómo?

El curandero.—Enseñando a nuestra hijita, que es pícara y ladina, a decir que por las noches ve entre los árboles a las vírgenes del Paraíso. Cuando haya aprendido bien lo que debe hacer, divulgaremos la noticia. Periodistas, desocupados e incautos acudirán a nuestra casa, y así tendremos aseguradas las bases de nuestra fortuna.

La esposa del curandero.—¡Eres un esperpento!

El curandero.—No, mujer; no se dice así: se dice "portento".

La esposa del curandero.—Bueno; eres un portento. Pero ¿obtendremos éxito? La gente no cree tan fácilmente en la palabra de una chica de ocho años que apenas sabe leer. La



EL TIEMPO ES ORO

El joven.—¿Tiene usted un minuto que perder, señor?

El capitalista.—Vea, joven: mi tiempo vale cien pesos la hora, pero le daré a usted un minuto.

—¿Y no podría dármele en plata?

sonsacarán hasta descubrir la misti...

El curandero.—¿...ficación? No; tranquilízate, mujer. Pondré esta estampa, que he recortado de un álbum de propaganda de una tienda de imágenes, ante los ojos de nuestra hijita durante todo el tiempo que sea necesario. Y cuando hasta los menores detalles se hayan grabado en su mente, no tendrá mas que fingir ver en el cielo lo que ha visto en la lámina. De esta forma, ninguna pregunta la pillaré desprevenida. La prueba resultará un éxito.

La esposa del curandero.—¡El alma de Pancho Villa te oiga, Agenor!

II

Diez días después. Una multitud ansiosa circunda, en un claro del bosque, a la pequeña vidente, que, arrodillada en el suelo, con los brazos en cruz, está postrada como en éxtasis. La postración se debe a una reciente paliza que le propinara la madre.

La niña.—Las veo... Las veo... Son tres... hermosísimas vírgenes del Paraíso...

Un cronista.—Describalas..., describalas...

La niña.—La de la izquierda es rubia... La de la derecha, morena... La del centro, rojiza...

Un curioso.—¿Cómo visten?

La niña.—La del centro lleva un manto azul... El manto de las otras es blanco...

Un desocupado.—¿Qué hacen?

La niña.—Tienen las manos juntas y elevadas al cielo.

Otro curioso.—¿Qué llevan en la cabeza?

La niña.—(Impertérrita.) Cabellos.



AGUDO ESPIRITU DEDUCTIVO

—¡Apuesto a que ha ido a comprarse un sombrero!...

Detrás de los cabellos veo unas especies de lunas redondas...

Un cronista.—¡Son las aureolas! ¡Las aureolas!... ¿Y en qué apoyan los pies?

La niña.—En nubes de oro...

Otro curioso.—¿Y qué ves bajo las nubes?

La niña.—¿Bajo las nubes?

El curioso.—Sí, sí, bajo las nubes.

La niña (titubeando).—Veo..., veo un espacio blanco donde hay escritas algunas palabras.

La esposa del curandero (al curandero, dándole un codazo).—¿No te decía?... ¡Nuestra hija es un esperpento!...

El curandero (en voz alta, confiando en la picardía de su hija).—¡Señores! ¡Escuchen ustedes la palabra del cielo! ¡Las tres vírgenes nos van a transmitir un mensaje!

La multitud.—¡Oh!... ¡Oh!...

El curandero.—Lee, hija mía...

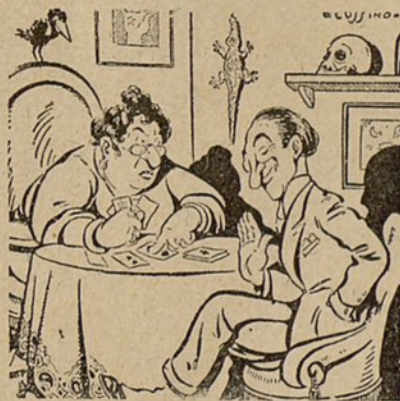
La niña.—Papá...

La esposa del curandero.—¡Lee o te...!

La niña (decidiéndose).—Veo un espacio blanco donde hay escritas algunas palabras. Estas palabras son las siguientes: "Lapastán y Compañía. La casa más barata para comprar artículos religiosos. Calle Capricol, número 78. Teléfono 53.228... Especialidad en recuerdos para la primera comunión."

(Excusamos describir la batahola que se armó entre la enfurecida multitud ante las palabras que pronunciara la niña, y que tan bien probaban el origen de donde había aprendido la revelación.)

P. L. M.

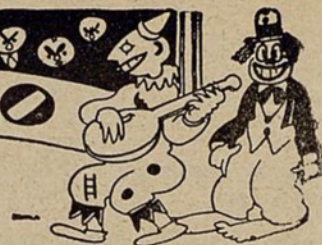


—Esta carta dice que un hombre lo persigue siempre.

—Exacto: es mi sastre.

(De Pasquino, Turin.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—¿Cuál es el colmo del maestro Guerrero?

—Dirigir cuando Asuero toca el trigémino.

Enrique Martínez (Madrid).

Un hijo modelo:

—Bribón! ¡Granuja! ¡Mal hijo! (le decía su padre).

—Desde hoy no te doy ni una peseta más! Para mí has muerto.



EXAMEN MEDICO

—Señorita, diga treinta y tres, treinta y tres, treinta y tres.

—¿Y por qué, si no he cumplido los veinticinco, si quiera?

(De Caras y Caretas, Buenos Aires.)

—Bueno, pues déme usted mil pesetas para el entierro.

María y Teodora Vinagre (Madrid).

La herencia:

Al señor Curro, el herrero, le faltaban muy pocas horas para entregarle su alma a Dios. Su mujer y sus hijos estaban a su cabecera:

—María—le dijo a su mu-

jer—, llama al notario que quiero jase testamento.

Esta cumplió su mandato, y a los pocos momentos el notario y la familia se hallaban delante del enfermo. El señor Curro se incorporó un poco, y dijo:

—Los seis burros y las tres mulas, pa mi María.

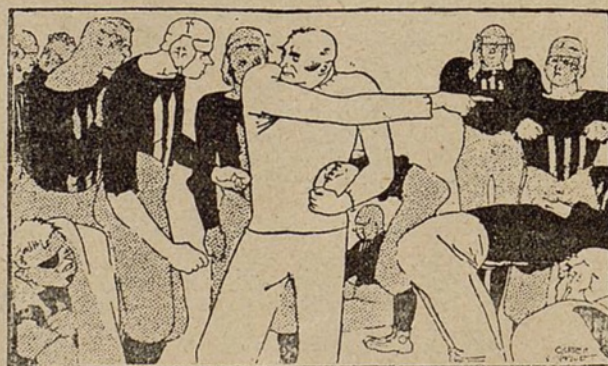
—La herrería pa mi José.

—Y las cuarenta fanegas de tierra, que tengo en la huerta pa mi Maoliyo.

Este, al escuchar tales palabras, dijo asombrado: —Pero si la huerta no tiene más que seis fanegas—. Y el señor Curro contestó:

—Pues, ajonda, Manuel, ajonda.

Eduardo Gómez (Sevilla).



—Vea, amigo, todo está permitido, menos que le muerda usted la nariz a su adversario.

—¡Es que me la metió en la boca!

—Sea como sea, coma usted antes de venir a luchar...

(De Life, Nueva York.)

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha sido adjudicado al siguiente:

—Oye, niño, ¿cuántos años tienes?

—Cuatro.

—¡Quia! ¡En tan poco tiempo no te has podido poner tan sucio!!

Coralt (Tarragona).

Nue-borricos...

—En el restaurant:

El N. B.—¡Mozo! Este pescado es una indecencia, no puede comerse, está en pésimas condiciones.

El mozo.—Perdone el señor, pero el inspector bromatológico ha asegurado su excelente estado.

El N. B.—Las cosas de comer no son para tomarlas a broma, y otra vez deben ustedes al seriológico encargarle su examen.

El Niño de la Urticaria (Hinojosa de Duero).

En una plaza de toros andaluza:

Uno de los toros resultó man-

so, el público forma la bronca número uno, y el presidente lo devuelve a los corrales. El que le substituyó, hacía unos meses que la Empresa lo tenía reservado para un caso como éste. El matador, al que le correspondía, tenía un miedo cervical. Uno de los espectadores gritaba:

—¡¡Arrímate, mamarracho!!

Otro le contesta:

—¡¡Cómo quie ozté que s'arriñe a ese toro, si hase tre meses que está ahí enserrao!!

A lo que dice el primero:

—Pero, oiga ozté, ¿é que ese toro güele mal?

Un Sevillano.

VENTILADORES

Los mejores, desde 25 ptas.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68.—MADRID

En el confesionario:

—¿De qué te acusas, hijo?

—De haber robado un cerdo muy grande, padre mío.

—¿Y estás arrepentido?

—Sí, padre.

—¿Y te pesa mucho?

—No, padre.

—¡¡Cómo!! ¿No te pesa?

—Ahora no. Cuando lo llevaba, es cuando no podía con él. Jaime Sánchez (Cartagena).

—¿Cuál es la prenda de vestir más cara que se usa en América?

—Los puños. Porque por los de Paulino Uzcudun han dado medio millón de pesetas.

Juan Salido (Ceuta).

Entre dos diputados de la Cámara francesa:

—¿Te parece que pida la palabra, Jacques?

—¡No, Charles!

Sorianito (Madrid).



—¿Quién fué el primer hombre que descubrió el Perú?

—¿Usted sabe quién fué?
—¡Naturalmente que lo sé!
—Entonces, ¿para qué me lo pregunta?

(De P'st, Constantinopla.)

—¡Caballero, no saldrá usted de esta fonda hasta que no me pague la cuenta!

—¡Oh, Dios! ¡Por fin he encontrado lo que hasta la fecha busqué inútilmente! ¡Un asilo seguro para toda mi vida!

Lucas López (Zaragoza).

Filosofía pura:

El hombre dice: ¡Cuanto más pienso, peor!

El caballo afirma: ¡Cuanto mas pienso, mejor.

Aristóteles (Bilbao).

Entre suegra y yerno.

—Dime, Sebastián... ¿Con qué traje te gusto más?

—¡Con el de viaje!

Antonio Laguardia (Cartagena).

—¿Cuántos años tiene su niño?

—Año y medio.

—¿Y hace mucho tiempo que anda?

—Tres meses.

—¡Caray! ¡Pues debe estar ya muy lejos!

El barberillo de Chamberí.

—¿Cuál es el traje más pequeño y que da más trabajo al sastre?

—El *trajín*.

B. M. V. (Madrid.)

En una casa en construcción.
El maestro.—¿Cuántos estáis trabajando en el tejado?

El peón.—Tres.

El maestro.—¡Pues que bajen la mitad!...

Eduardo Díaz (Cerdilla).

Entre chiquillos.

—¡Estoy fastidiado con los castigos de mi maestro! ¡Por cualquier cosa me deja sin comer!

—¡Pues a mí, el mío, me hace, además, leer un libro de cocina!...

Pedro Prats (Barcelona).

—¡Usted me dijo que este lorito repite todo lo que oye!

—¡Sí, señor!

—¡Pues no repite ni una palabra!

—No haga caso e insista. ¡El repite lo que oye; pero como es sordo, no oye casi nada!...

Calero (Madrid).

En Telégrafos.

—Diga, ¿cuánto me costará un despacho para Marsella?

—Según las palabras que ponga.

Lección de Aritmética en una escuela de párvulos.

El maestro.—Vamos a ver, esto es muy fácil: tú tienes quince pesetas en el bolsillo y pierdes diez... ¿Qué tienes en el bolsillo?

El niño.—¡Un agujero!

M. Castilla (Soria).

—¿En qué se parece un elefante a una cama?

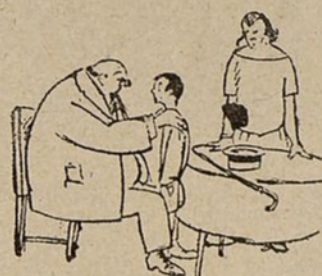
En que el elefante es paquidermo, y la cama es paquiduerma.

Francisco Flores (Madrid).

—¿Cuál es el aparato de aviación que si vuela es por medio de un elemento?

El aeroplano, que si vuela es por medio del aire.

Caricato (Madrid).



—¡A ver, saca la lengua!... ¡Más!... ¡Más!...

—No puedo; la tengo sujeta por el otro extremo.

(De Revista de Revistas, Méjico)

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite

—¡Hombre, las más correctas posibles!

Francisco Tomás (Alicante).

—¿Cómo está Pérez?

—Cuatro médicos le han dado ya por imposible.

—¿Pues qué tiene?

—Que no paga la cuenta a ninguno.

León Hermoso (Sevilla).

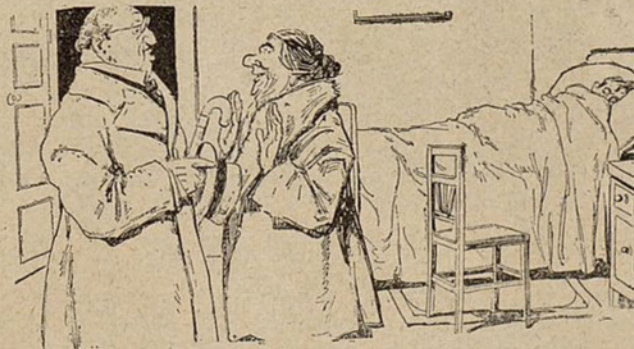
Visita de médico.

—¡Ay, señor doctor! ¡A ver si puede usted recetar algún callicida pa mi esposo!

—¿Le molestan los callos?

—Muchísimo. Es que ayer estubo en la taberna de enfrente, los vió tan bien guisaos que se comió cuatro raciones, y ahora tiene un atasco mu grande.

El Carbonero (Madrid).



—Señora: al enfermo le funciona muy bien el corazón, pero lo que no me gustan son los riñones.

—Lo que son las cosas, doctor; a mí los riñones con patatas fritas me enloquecen.

(De Caras y Caretas, Buenos Aires.)

CANAS

AGUA DE COLONIA

HIGIENICA

LA CARMELA

ELABORACION ESPECIAL

LOPEZ CARO

Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

CUPON

correspondiente al n.º 405 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



P. P. F. (Cuenca).—Dice usted al final de su trabajo, y en una nota que dedica a esta Redacción:

"Como se deduce de esta crónica, me propongo escribir y mandarles varias, a base de este mismo asunto..."

Y decimos nosotros:

El hombre propone y Dios dispone. Y lo que Dios dispone (y nosotros también) no siempre es lo que el hombre quiere.

Y continúa usted diciendo en su nota:

"Pero antes de seguir trabajando, les suplico me digan fran-

se lo decimos con el corazón casi en la palma de la mano.

M. L. B. (Zaragoza).—¿Con que *contra pereza diligencia*? Así le pille a usted con todas sus ruedas la que hace el servicio de la estación de Calatayud!

B. J. P. (Valladolid).—Su estentóreo trabajo, titulado *El camaleón del rajah*, tiene menos gracia que *En el seno de la muerte*, obra de D. José Echegaray, que no ha hecho reír a nadie todavía, a pesar de que algunos aficionados que la interpretan hacen locuras para que uno carcajee espontáneamente.

La Pepa (Madrid).—Simpatía y seguramente encantadora señorita: Si fuera usted señorito, podríamos decir de su *Gato madrileño* que ni fu ni fa; pero como pertenece usted por derecho propio al más bello de los sexos que hay en el mundo, le diremos que el articu-

lo es menos humorístico que un dolor de muelas, y que tiene tristísimos acentos de Espronceda desesperado. Haga usted lo posible por ponerse más contenta cuando escriba y es fácil que lleguemos a una total inteligencia. Y sin otra cosa de particular, besamos sus brevísimos pies y hacemos punto. Queremos decir que hemos terminado, no que nos vamos a poner a hacer media o a confeccionar jerseys de lana, ¡conviene la aclaración!

E. L. P. (San Sebastián).—*Las vacaciones de Antón* no nos han satisfecho por completo. Nos gusta usted una burrada más haciendo versos.

O. R. A. (Toledo).—Un poquito nada más de gracia narrativa que hubiese tenido su cuento, y unas miasmas de modernidad en su desarrollo, habrían bastado para publicarle. No obstante, no es una locura y demuestra cumplidamente que puede usted

dar en el agudo clavo en cuanto se agarre la cabeza con las manos con un poco de más furia creadora. ¿Nos hemos entendido?

G. A. B. (Madrid).—Con usted nos ha sucedido lo mismo que con el amigo anterior. ¡Bonisimos deseos, pero nos hemos estrellado!... ¡No es eso lo que esperábamos!

Lorenzo (Cádiz).—Su *Radio del otro mundo*, no es una cosa del otro mundo, ni del otro jueves. Usted también puede, si quiere, hacerlo bastante mejor, o nos equivocáramos mucho.

Peleón (Madrid).—Por encontrarse bastante mal de salud, han salido con destino a *Cestona*, los seis dibujos que nos ha enviado usted incautamente.

Luis Portal (Salamanca).

Mi querido Luis Portal: es usted un animal.

Doctor (Madrid).

Y usted, ilustre Doctor, más bruto que el anterior.

Sir Flay (Madrid).

Es muy flojito, ¡caray!, lo que ha mandado Sir Flay.

Fernan-Jail (Madrid).—Sus dos articulejos (como usted dice con ejemplar modestia, de la cual, por cierto, no nos fiamos mucho) han sido aceptados por el comité de admisión con furibunda unanimidad.

Serafina (Los Molinos).

Son más malos, que la quina los versos de Serafina.

Juanita (Bilbao).—Los monos nos han parecido monisimos, pero como los ha mandado usted sin chistes, no hemos encontrado forma humana (ni animal) de publicarlos. Y llorando como Magdalenas arrepentidas, los hemos tenido que desplomar en el trágico osario de las cosas inservibles.

Madrid-Viena

Artículos de sport.

Montera. 41. Telé. 16662.

camente qué les parece el primer artículo, pues como nunca he escrito gansadas de éstas, me temo que no haya acertado."

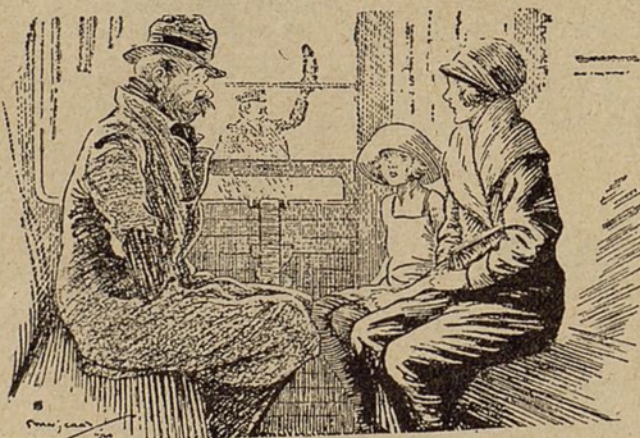
Y volvemos a decir nosotros:

Sus temores, por desgracia, han resultado fundadísimos. No ha acertado usted... Mejor dicho, ha acertado usted al decir que temía no haber acertado.

¡En fin, que es usted un lince!

Eurick Paes Sxhaf (Madrid).—Hemos aceptado su leve trabajillo. Si quiere usted que se publique con su nombre (que suponemos que no será el intolerable camelo checoslovacolusitano estampado al pie de las cuartillas) envíe su firma con brevedad radiotelefónica.

A. N. D. (Almería).—Amabilísimo amigo y prójimo: la narracioncilla que nos envía, no nos ha enfurecido, como parecía temer usted, pero es tan corta y, además, de una ingenuidad tan paradisiaca, que solamente leída en un convento de monjas, y por las cariñosas hermanitas, podría tener alguna eficacia carcajeante. A un paisano, digámoslo así, o a una persona invadida por las preocupaciones de la vida moderna, no le puede hacer gracia el cuento. Créalo usted, porque



URBANIDAD.

La dama (tratando de ahuyentar al desagradable compañero de tren).—Espero que el señor no haga reparos porque la nena acaba de tener escarlatina...

El desagradable compañero de tren (solemnemente).—¡Esté usted tranquila, señora! Total voy a suicidarme tan pronto como salgamos de la estación.

(De Punch, Londres.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

COMPañÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—MADRID.

BUEN HUMOR



Ella.—Fíjate, Polidoro, qué traje de baño. Así debían ir todas las bañistas.

El.—¡Qué casualidad! ¡Lo mismo estaba pensando yo!

Dib. SAMA.—San Rafael.